

D. GERÓNIMO.

¡Qué es lo que me pasa! (*Moviéndose de un lado á otro, agitado y colérico. Doña Paula se retira hácia el foro, y habla con Leandro y Andrea.*) Señor doctor, hágame usted el gusto de volvérmela á poner muda.

BARTOLO.

Eso no puede ser. Lo que yo haré solamente por servirle á usted, será ponerle sordo para que no la oiga.

D. GERÓNIMO.

Lo estimo infinito.... ¡Pero piensas tú, hija inobediente, que....

(*Encaminándose hácia Doña Paula. Bartolo le contiene.*)

BARTOLO.

No hay que irritarse, que todo se echará á perder. Lo que importa es distraerla y divertirla. Déjela usted que vaya á coger un rato el aire por el jardín, y verá usted como poco á poco se la olvida ese demonio de Leandro.... Vaya usted á acompañarla, Don Casimiro, y cuide usted no pise alguna mala yerba.

LEANDRO.

Como usted mande, señor doctor. Vamos, señorita.

DOÑA PAULA.

Vamos enhorabuena.

D. GERÓNIMO.

Id vosotros tambien.

(*A Lucas y Ginés, los cuales, con Doña Paula, Leandro y Andrea, se van por la puerta del foro.*)

ESCENA VI.

DON GERÓNIMO. BARTOLO.

D. GERÓNIMO.

¡Vaya, vaya que no he visto semejante insolencia!

BARTOLO.

Esa es resulta necesaria del mal que ha estado padeciendo hasta ahora. La última idea que ella tenia cuando enmudeció, fue sin duda la de su casamiento con ese tunante de Alejandro, ó Leandro, ó como se llama. Cogióla el accidente, quedáronse trasconejadas una gran porcion de palabras, y hasta que todas las vacie, y se desahogue, no hay que esperar que se tranquilice, ni hable con juicio.

D. GERÓNIMO.

¿Qué dice usted? Pues me convence esa reflexión.

(Saca la caja Don Gerónimo, y él y Bartolo toman tabaco.)

BARTOLO.

¡Oh! y si usted supiera un poco de numismática lo entendería un poco mejor..... Venga un polvo.

D. GERÓNIMO.

¿Con que luego que haya desocupado.....

BARTOLO.

No lo dude usted..... Es una evacuación que nosotros llamamos *tricolos tetrastofos*.

ESCENA VII.

LUCAS. ANDREA. GINÉS. (Van saliendo todos tres por la puerta del foro.) DON GERÓNIMO. BARTOLO.

GINÉS.

Señor amo.

LUCAS.

Señor Don Gerónimo..... ¡Ay qué desdicha!

ANDREA.

¡Ay amo mio de mi alma! que se la llevan.

D. GERÓNIMO.

¿Pero qué se llevan?

LUCAS.

El boticario no es boticario.

GINÉS.

Ni se llama Don Casimiro.

ANDREA.

El boticario es Leandro, en propia persona, y se lleva robada á la señorita.

D. GERÓNIMO.

¿Qué dices? ¡Pobre de mí! ¡Y vosotros, brutos, habeis dejado que un hombre solo os burle de esa manera?

LUCAS.

No, no estaba solo, que estaba con una pistola. El demonio que se acercase.

D. GERÓNIMO.

¿Y este pícaro de médico.....

BARTOLO.

(Aparte lleno de miedo. Me parece que ya no puede tardar la tercera paliza.)

D. GERÓNIMO.

Este bribon, que ha sido su alcahuete.
Al instante buscadme una cuerda.

ANDREA.

Ahí habia una larga de tender ropa.

LUCAS.

Sí, sí, ya sé donde está. Voy por ella.

(Vase por la izquierda, y vuelve al instante con una sogu muy larga.)

D. GERÓNIMO.

Me las ha de pagar. Pero ¿hacia donde se fueron? ¡Válgame Dios!

ANDREA.

Yo creo que se habrán ido por la puerta del jardín que sale al campo.

LUCAS.

Aquí está la sogu.

D. GERÓNIMO.

Pues inmediatamente atadme bien de pies y manos al doctor, aquí en esta silla. *(Bartolo quiere huir, y Lucas y Ginés le detienen.)* Pero me le habeis de ensogar bien fuerte.

GINÉS.

Pierda usted cuidado. Vamos, señor Don Bartolo.

(Le hacen sentar en la silla poltrona, y le atan á ella, dando muchas vueltas á la sogu.)

D. GERÓNIMO.

Voy á buscar aquella bribona. Voy á hacer que avisen á la justicia, y mañana sin falta ninguna este pícaro médico ha de morir ahorcado. Andrea, corre, hija, asómate á la ventana del comedor, y mira si los descubres por el campo. Yo veré si los del molino me dan alguna razon. Y vosotros no perdais de vista á ese perro.

(Se va Don Gerónimo por la derecha y Andrea por la izquierda. Lucas y Ginés siguen atando á Bartolo.)

ESCENA VIII.

BARTOLO. LUCAS. GINÉS. MARTINA.

GINÉS.

Echa otra vuelta por aquí.

LUCAS.

¿Y no sabes que el amiguito este habia dado en la gracia de decir chicoleos á mi muger?

GINÉS.

Anda, que ya las vas á pagar todas juntas.

BARTOLO.

¿Estoy ya bien así?

GINÉS.

Perfectamente.

MARTINA.

(Sale por la puerta de la derecha.)

Dios guarde á ustedes, señores.

LUCAS.

¡Calle, que está usted por acá! ¿Pues qué buen aire la trae á usted por esta casa?

MARTINA.

El deseo de saber de mi pobre marido. ¿Qué han hecho ustedes de él?

BARTOLO.

Aquí está tu marido, Martina: mírale, aquí le tienes.

MARTINA.

¡Ay hijo de mi alma! *(Abrazándose con Bartolo.)*

LUCAS.

¡Oiga! ¿Con que esta es la médica?

GINÉS.

Aun por eso nos ponderaba tanto las habilidades del doctor.

LUCAS.

Pues por muchas que tenga, no escapará de la horca.

MARTINA.

¿Qué está usted ahí diciendo?

BARTOLO.

Sí, hija mia, mañana me ahorcan, sin remedio.

MARTINA.

¿Y no te ha de dar vergüenza de morir delante de tanta gente?

BARTOLO.

¿Y qué se ha de hacer, paloma? Yo bien lo quisiera excusar, pero se han empeñado en ello.

MARTINA.

¿Pero por qué te ahorcan, pobrecito, por qué?

*

BARTOLO.

Ese es cuento largo. Porque acabo de hacer una curacion asombrosa, y en vez de hacerme protomédico han resuelto colgarme.

ESCENA IX.

DON GERÓNIMO. (*Sale por la puerta de la derecha, y Andrea por la izquierda.*) ANDREA. BARTOLO. LUCAS. GINÉS. MARTINA.

D. GERÓNIMO.

Vamos, chicos, buen ánimo. Ya he enviado un propio á Miraflores; esta noche sin falta vendrá la justicia y cargará con este bribon.... ¿Y tú qué has hecho, los has visto?

ANDREA.

No señor, no los he descubierto por ninguna parte.

D. GERÓNIMO.

Ni yo tampoco.... He preguntado y nadie me sabe dar razon.... Yo he de volverme loco.... (*Dando vueltas por el teatro, lleno de inquietud.*) ¿Adónde se habrán ido?.... ¿Qué estarán haciendo?

ESCENA X.

DOÑA PAULA. LEANDRO. (*Salen los dos por la puerta del lado derecho.*) D. GERÓNIMO. BARTOLO. ANDREA.

LUCAS. GINÉS. MARTINA.

LEANDRO.

Señor Don Gerónimo.

DOÑA PAULA.

Querido padre.

D. GERÓNIMO.

¿Qué es esto? ¡Picarones, infames!

LEANDRO.

(*Se arrodillan á los pies de Don Gerónimo.*) Esto es enmendar un desacierto. Habíamos pensado irnos á Buitrago y desposarnos alli, con la seguridad que tengo de que mi tío no desaprueba este matrimonio, pero lo hemos reflexionado mejor. No quiero que se diga que yo me he llevado robada á su hija de usted, que esto no sería decoroso ni á su honor ni al mio. Quiero que usted me la conceda con libre voluntad, quiero recibirla de su mano. Aqui la tiene usted, dis-

puesta á hacer lo que usted la mande; pero le advierto, que si no la casa conmigo su sentimiento será bastante á quitarla la vida; y si usted nos otorga la merced que ambos le pedimos, no hay que hablar de dote.

D. GERÓNIMO.

Amigo, yo estoy muy atrasado y no puedo.....

LEANDRO.

Ya he dicho que no se trate de intereses.

DOÑA PAULA.

Me quiere mucho Leandro para no pensar con la generosidad que debe. Su amor es á mí, no á su dinero de usted.

D. GERÓNIMO.

(*Alterándose.*) Su dinero de usted, su dinero de usted. ¿Qué dinero tengo yo, parlera? ¿No he dicho ya que estoy muy atrasado? No puedo dar nada, no hay que cansarse.

LEANDRO.

Pero bien, señor, si por eso mismo se le dice á usted que no le pediremos nada.

D. GERÓNIMO.

Ni un maravedí.

DOÑA PAULA.

Ni medio.

D. GERÓNIMO.

Y bien, si digo que sí, ¿quién os ha de mantener, badulaques?

LEANDRO.

Mi tío. ¿Pues no ha oído usted que aprueba este casamiento? ¿Qué mas he de decirle?

D. GERÓNIMO.

¿Y se sabe si tiene hecha alguna disposicion?

LEANDRO.

Sí señor, yo soy su heredero.

D. GERÓNIMO.

¿Y qué tal, está fuertecillo?

LEANDRO.

¿Ay! no señor, muy achacoso. Aquel humor de las piernas le molesta mucho, y nos tememos que de un día á otro.....

D. GERÓNIMO.

Vaya, vamos, ¿qué le hemos de hacer? Con que.... (Hace que se levanten, y los abraza. Uno y otro le besan la mano.) Vaya, concedido, y venga un par de abrazos.

LEANDRO.

Siempre tendrá usted en mí un hijo obediente.

DOÑA PAULA.

Usted nos hace completamente felices.

BARTOLO.

¿Y á mí quién me hace feliz? ¿No hay un cristiano que me desate?

D. GERÓNIMO.

Soltadle.

LEANDRO.

¿Pues quién le ha puesto á usted así, médico insigne? (Desatan los criados á Bartolo.)

BARTOLO.

Sus pecados de usted, que los míos no merecen tanto.

DOÑA PAULA.

Vamos que todo se acabó, y nosotros sabremos agradecerle á usted el favor que nos ha hecho.

MARTINA.

¿Marido mio! (Se abrazan Martina y Bartolo.) Sea enhorabuena que ya no te ahorcan. Mira, trátame bien, que á mí me debes la borla de doctor que te dieron en el monte.

BARTOLO.

¿A ti? Pues me alegro de saberlo.

MARTINA.

Sí por cierto. Yo dije que eras un prodigio en la medicina.

GINÉS.

Y yo porque ella lo dijo, lo creí.

LUCAS.

Y yo lo creí, porque lo dijo ella.

D. GERÓNIMO.

Y yo porque estos lo dijeron, lo creí también, y admiraba cuanto decia como si fuese un oráculo.

LEANDRO.

Así va el mundo. Muchos adquieren opinion de doctos, no por lo que efectivamente saben, sino por el concepto que forma de ellos la ignorancia de los demas.